

La gran transición. Feminismos y pacifismos con la vida en el centro

Alba Carosio

albacarosio@gmail.com

Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela, Investigadora Senior del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg),

Resumen

El artículo reflexiona la relación entre las mujeres y la paz, y realiza un recorrido sobre la historia de la articulación entre los feminismos y los pacifismos. Las mujeres han tenido importante protagonismo en la causa de la paz, y se han constituido como sujetos colectivos para la construcción de paz, en forma pública, desde fines del siglo XIX. La historia muestra mujeres que se agrupan en torno a muchos tipos de acción pública realizando importantísimos aportes a la cultura de paz. A partir de la división sexual del trabajo, que históricamente ha formado a las mujeres para el cuidado de la vida, y de los ecofeminismos, que alzan la voz por el bien del planeta, se estudian las líneas de pensamiento feminista que se constituyen como contribuciones para la cultura de paz.

PALABRAS CLAVE: cultura de paz, pacifismos, feminismos, no violencia

Abstract

This article reflects on the relationship between women and peace, and takes a tour of the history of the relationship between feminisms and pacifisms. Women have had an important role in the cause of peace, and have been constituted as collective subjects for the construction of peace, in a public way since the end of the 19th century. History shows women who come together for many types of public action, make important contributions to the culture of peace. From the sexual division of labor that has historically trained women to care for life, and from the ecofeminisms that raise their voices for the good of the planet, the lines of feminist thought that constitute contributions for the peace culture.

KEYWORDS: culture of peace, pacifism, feminism, non-violence

Introducción

La historia humana, en todos los rincones del planeta, ha estado atravesada por guerras, violencias y conflictos. Frente a esta realidad, el anhelo de paz ha estado también presente, pero hemos llegado a nuestro convulso siglo XXI sin conseguirlo ni ver horizontes ciertos para lograrlo. Transitar de una cultura de violencia hacia una cultura de paz que logre sostener y cuidar la vida en su diversidad es la gran tarea que nos plantea la contemporaneidad.

Las mujeres han sido identificadas con la paz, se confía en ellas para posibilitarla y para construirla. La paz como abstracción ha sido considerada mujer, y son mujeres las diosas que traen la paz: desde la griega Irene, hasta la venezolana y sincrética María Lionza; ellas propician la fertilidad de la naturaleza y el bienestar consiguiente. Persiste la extendida creencia de que las mujeres están genéticamente más relacionadas con la paz porque son madres y cuidan la prole, cumplen así el mandato social para su sexo.

Bertha von Suttner (1843-1914), primera mujer que recibió el Premio Nobel de la Paz en 1905, decía: «Alguna gente piensa que las mujeres son hostiles a la guerra por naturaleza. Están en un error. Sólo las mujeres progresistas, aquellas que han sido capaces de educarse a sí mismas en una conciencia social, que han tenido la fuerza de no dejarse fascinar por instituciones con centenares de años, encuentran también la energía para oponerse a ellas» (Discurso al movimiento de Mujeres por la Paz alemanas, 1914, cit. por Magallón Portolés, Carmen, 2007).

Sin embargo, la singularidad de las mujeres con respecto a la guerra no significa que sean pacíficas por naturaleza biológica o social, sino que son ajenas al orden socio simbólico que la sustenta. La guerra está relacionada con los hombres, sus artefactos y sus ritos: los hombres son los principales usuarios de armas y la mayoría de sus víctimas, a los niños se les regalan como juguete, los servicios militares imponen formación bélica a sujetos masculinos, el reclutamiento es para los jóvenes varones, el valor y habilidad guerrera valida la hombría, etc. El sistema social y simbólico patriarcal es un orden de poder masculino con estructuras de dominio basadas en competencia, triunfo del más fuerte y apto, valentía, ejercicio de violencia para imponer y mantener la sujeción, y ejercido por el conjunto de los varones que se identifican con la masculinidad hegemónica. El poder patriarcal se acompaña con la exaltación nacional de poderío bélico y armas que se presentan como garantía para la paz. Si vis pacem, para bellum (Si quieres la paz, prepárate para la guerra) es la afirmación preferida de los fabricantes de armas.

No puede obviarse que las mujeres han participado también en conflictos armados de diferente tipo, desde rebeliones y luchas tales como las luchas de liberación anticolonial

de varios continentes, así como en revoluciones armadas y guerras de guerrillas. Investigadoras feministas (Bárbara Potthast, Carolina Jiménez Sánchez, Laura Rivera Revelo, Gioconda Espina, Jocelyn Viterna, entre otras) han visibilizado la participación de soldaderas, rabonas, guerrilleras, en posiciones de logística y también en posiciones de combate. “Por ejemplo en Colombia se calcula que el 30% de los integrantes de las FARC (Frente Armado Revolucionario de Colombia) son mujeres jóvenes, caso similar se presentó en la guerra de El Salvador.” (Magdala Velásquez Toro, 2001)

Algunas fueron llevadas por la fuerza, otras acompañaron a sus hombres y muchas se incorporaron por convicción como una vía para lograr sociedades más justas. Svetlana Alexiévich, Premio Nobel de Literatura 2015, en su libro *La guerra no tiene rostro de mujer*, registró la voz de las mujeres que combatieron en la segunda guerra mundial. A unas y otras no se les reconocieron sus aportes a las luchas y muchas veces fueron estigmatizadas al reincorporarse luego a la vida civil. Al interior de las fuerzas en combate se reproduce el poder patriarcal de los guerreros y hay conflictos con la transgresión de códigos, tradicionalmente asignados a la feminidad.

A partir de los años 70, la incorporación de mujeres a las fuerzas armadas regulares ha ido en aumento, se presenta como una expresión de avance hacia la igualdad, aunque continúa la desigualdad en todas las estructuras de la sociedad. En muchos de los ejércitos, las mujeres están excluidas del combate, especialmente en tierra. A partir de la Resolución 1325 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (2000) y sus Resoluciones Complementarias, se ha hecho énfasis en la incorporación de mujeres en Operaciones de Mantenimiento de la Paz, desde el año 2000 en adelante, con una consolidación limitada (Daniela Sepúlveda y Pablo Rivas-Pardo, 2019).

| 53

Algo de historia

Las mujeres han tenido importante protagonismo en la causa de la paz, y se han constituido como sujetos colectivos para la construcción de paz. A finales del siglo XIX y sobre todo durante el siglo XX, es cuando la posición de las mujeres a favor de la paz adquiere dimensión de acción colectiva y pública. El pacifismo como movimiento estuvo unido al sufragismo en los inicios del movimiento feminista; así, en 1889, la austríaca Berta von Suttner, sufragista por la paz, escribió “¡Dejad las armas!”, libro que animó al industrial Alfredo Nobel a instaurar el Premio Nobel de la Paz, ella fue la primera mujer en recibirlo en 1905. En la obra, que tuvo gran éxito, describe la guerra desde el punto de vista de una mujer, tocó la sensibilidad de la sociedad y suscitó debates sobre el militarismo y la guerra. Junto con el sufragismo se intentaba evitar la guerra y proponer agitación internacional en contra.

El feminismo, surgido a mediados del XIX, había forjado un camino tan internacionalista como el de las nacientes organizaciones del proletariado, de modo que los llamados bélicos, con base nacionalista, fueron rechazados por su filosofía y motivaron manifestaciones pacifistas por parte de numerosas militantes. Por ejemplo, Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo, como socialistas internacionalistas pacifistas, se enfrentaron al Partido Socialista alemán que apoyaba la guerra.

El Segundo Congreso Socialista Internacional de Mujeres en Copenhague (1910), presidido por Clara Zetkin, origen de la conmemoración del Día Internacional de la Mujer, se pronunció en favor del mantenimiento de la paz internacional, impulsando el apoyo a las campañas en contra de la guerra. En 2015, Clara Zetkin organizó la Conferencia Internacional de Mujeres contra la Guerra.

En 1915 se reunió el Congreso Internacional de Mujeres en La Haya, sus temas fueron: la condición femenina y la guerra, los principios para asegurar una paz permanente, la cooperación Internacional y la educación de la infancia. Asistieron más de 1.300 mujeres, muchas desde países beligerantes. Dos fueron los principios a los que se comprometieron desde el comienzo: solución pacífica de los conflictos y el voto femenino. Dos resoluciones emanaron del Congreso: 1) Protesta contra la guerra, por su sacrificio irresponsable de vidas, y el rechazo del discurso de la protección a las mujeres en tiempos de guerra mientras son objeto de todo tipo de agresiones, en especial, la violación; y 2) Propuestas de paz y mediación, petición a los gobiernos de los países neutrales. Se rechazó el discurso patriótico y bélico que llevó a la guerra. Aunque no tenían derecho a voto, muchas de estas mujeres fueron recibidas como embajadoras de paz por varios presidentes.

En el mismo Congreso (1915) se fundó la Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad (LIMPAL), una organización no gubernamental, pacifista y feminista que actualmente sostiene el derecho a la paz y aboga por el desarme. Para LIMPAL sólo se podrá asegurar una paz definitiva y global, afrontando de raíz las causas de los conflictos, incluyendo la injusticia económica, social y de género.

En 1938, Virginia Woolf publicó *Tres Guineas*, donde analiza la cultura masculina como generadora de la guerra. Allí afirma: “Disparar ha sido un juguete y un deporte de los hombres en la caza y en la guerra, para ustedes, en la lucha hay cierta gloria, cierta necesidad, cierta satisfacción que nosotras jamás hemos sentido ni gozado; para ustedes la guerra es una profesión; una fuente de realización y diversión; y también es cauce de viriles cualidades sin las cuales los hombres quedarían menoscabados y que nos hace imposible comprender los impulsos que inducen a ir a la guerra.” (Woolf, Virginia, 1999)

Woolf plantea que solamente una educación diferente que no use los mismos símbolos y grados para las mujeres, permitirá erradicar la guerra, pues incluso la que se considera mejor educación, enseña a usar la fuerza y no a eliminarla. Analiza cómo los uniformes y medallas de guerra están diseñados para despertar envidia y mostrar jerarquía, mientras el discurso altruista sobre la guerra “para defender a los débiles”, es simplemente hipocresía.

Sin embargo, no todas las sufragistas estuvieron en contra de la guerra, algunas fueron exaltadamente nacionalistas. Emmeline Pankhurst defendía la permanencia británica en la guerra y fue nombrada por el gobierno para convencer a los rusos de continuar con el esfuerzo bélico. Para la 2da Guerra Mundial, las posiciones fueron más radicales, se priorizó la idea de la existencia de “guerras justas” o lícitas. Destacadas intelectuales renunciaron a su pacifismo y se integraron a la resistencia.

Tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial, la fundación de Naciones Unidas abre expectativas de un nuevo orden mundial, aún más firme frente a las posibilidades de destrucción total que generan las armas nucleares. Sin embargo, los conflictos y la violencia extendida o localizada surgen sin interrupción. Los movimientos de mujeres por la paz adquieren formas y estrategias diferentes a lo largo del planeta.

En 1976 cristaliza un movimiento que venía gestándose Mujeres Irlandesas por la Paz; integraron un movimiento plural, operaron como mediadoras, insistiendo en los derechos humanos y la inclusión: todos tenían que estar en las conversaciones. En sus comunidades crearon espacios seguros, revulsivos, donde se respetaba la identidad y la postura de cada grupo. Se generó una amplia gama de procesos de paz y formas alternativas de práctica política. (McWilliams, Mónica, 1998)

Las profundas desigualdades, la pobreza y la carencia de expectativas de justicia social por vía política dieron origen a luchas armadas insurgentes, y a la represión. Las dictaduras que se instalaron en la región latinoamericana fueron violentas y agresoras de los derechos humanos. Las mujeres actuaron en la resistencia, y sostuvieron la cotidianidad con redes de solidaridad, y también con su accionar en pro de una paz con justicia y derechos.

En 1977, se crea en El Salvador el Comité de Madres y Familiares de Detenidos, Desaparecidos y Asesinados Políticos (COMADRES). En 1980, instalaron la primera comisión de investigación sobre el paradero de las personas desaparecidas que ha existido en El Salvador: “Los comités de madres de desaparecidos son espacios de participación femenina que, en representación de los contenidos tradicionales de la figura materna latinoamericana, transgreden estos mismos contenidos” (Maier, Elizabeth, 1990: 5)

También formada en 1977, las Madres de Plaza de Mayo cambiaron las formas tradicionales de la práctica política al convertir lo personal, la íntima expresión del sufrimiento maternal en una manifestación pública contra el régimen militar. Politizaron la maternidad; su resistencia pacífica se convirtió en un fuerte reto al carácter militar del régimen dictatorial, que sufrieron también en carne propia, ya que algunas de ellas fueron desaparecidas y asesinadas. Se opusieron a la guerra de Las Malvinas; las Madres dijeron “Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”.

A lo largo de toda América Latina y el Caribe, madres con hijos que han sufrido violencia y muerte, se han organizado llamando la atención sobre la injusticia, y en la sociedad, sobre todo la necropolítica que se ha impuesto en la región más violenta del mundo. En Colombia, las Madres de Falsos Positivos de Soacha y Bogotá (MAFAPO), Madres de la Candelaria; en México, Madres Buscadoras de Sonora, Familiares en búsqueda, Madres buscando a sus hijos, Colectivo Solecito de Veracruz y decenas de grupos más; en Chile, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos; en Perú, Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (ANFASEP); la Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala (CONAVIGUA). A partir de la persistencia de estos colectivos, ONU creó el Grupo de Trabajo sobre desaparición y estableció el Día Internacional de las Víctimas de Desapariciones Forzadas (30 de agosto). Son voces femeninas –en su mayoría– contra la violencia de grupos armados legales, ilegales y mixtos que implantan lógicas de guerra. Se pone en acción la enorme carga emocional que mueve la maternidad para lograr la verdad y la justicia, y se cuestiona el uso de la fuerza como ordenamiento social.

Las mujeres latinoamericanas y caribeñas no se quedaron en papel de víctimas, sino que construyeron redes sociales y afectivas, redes alimentarias y de cuidado de niños, ancianos y heridos, transmitiendo un fuerte sentido de apego a la vida en situaciones de violencia extrema. Sobre todo, a partir de los años 90 se organizaron mujeres de los sectores más populares que, ante la inacción del estado, construyen un tejido de apoyo social, al mismo tiempo que elevaron una voz más potente y nítida en cuanto a sus derechos.

En 1990, se organizó el grupo Mujeres por la Dignidad y la Vida (Las Dignas) en El Salvador. Dicen de sí mismas: “Las Dignas somos una organización política feminista que surgimos en el umbral del período de los Acuerdos de Paz –14 de julio de 1990– muchas de las que integramos la Asociación fuimos afectadas directamente por el conflicto armado, y durante más de una década de pos conflicto hemos desarrollado procesos intensos contra la violencia” (<https://www.lasdignas.org.sv>)

En 1996, se firmó el Acuerdo de Paz Firme y Duradera en Guatemala tras una negociación que había comenzado en 1987. En 1992, le fue otorgado a Rigoberta Menchú el Premio Nobel de la Paz, por su trabajo de denuncia de genocidio y discriminación

hacia los pueblos indígenas en Guatemala. Con el dinero creó la Fundación Vicente Menchú y Asociación Política de Mujeres Mayas, cuya misión es contribuir a recuperar y enriquecer los valores humanos para la construcción de una ética de paz mundial, a partir de la diversidad étnica, política y cultural de los pueblos del mundo. “La paz no se trata de silenciar los fusiles –afirmó Rigoberta–, se construye cotidianamente con justicia” (Rigoberta Menchú, 2016).

En 1996, se creó la Ruta Pacífica de las Mujeres de Colombia, que “trabaja por la tramitación negociada del conflicto armado en Colombia y por hacer visible el impacto de la guerra en la vida y cuerpo de las mujeres; es pacifista, antimilitarista y constructora de una ética de la No violencia en la que la justicia, la paz, la equidad, la autonomía, la libertad y el reconocimiento de la otredad son principios fundamentales” (<https://rutapacifica.org.co/wp/quienes-somos/>). Ven la paz como un derecho y un deber, han tenido gran influencia en hacer visibles a las mujeres en el conflicto y en el proceso de paz. Ha conformado una red en todo el territorio colombiano, trabajan por la garantía de la implementación de la paz, y por las agendas de paz posconflicto.

En Europa por su parte, en 1981, se estableció el Campamento pacifista de mujeres en Greenham Common para protestar contra las armas nucleares a partir de que Women for Life on Earth trabajara para sacar a la base militar estadounidense con misiles nucleares, de Berkshire (sur de Inglaterra). Ecofeminismo y pacifismo se unen para llamar la atención sobre la destrucción y muerte como línea política. El campamento conformado por mujeres y niños se mantuvo hasta el año 2000, con diferentes acciones de lucha no violenta, creativa, como por ejemplo, abrazarse a la base, establecer cadenas humanas, etc.

Mujeres de Negro (Women in Black) es un movimiento internacional de mujeres pacifistas. Nació en Israel el 9 de enero de 1988, fundado por la feminista, pacifista y activista Hagar Rublev (1954-2000) para protestar contra la ocupación y contra la violación de los derechos humanos del ejército israelí en los Territorios Palestinos. Este movimiento feminista pacifista se extendió a Italia, Antigua Yugoslavia, hoy Serbia, España, Colombia. Luego, diversos movimientos antimilitaristas y feministas de cinco continentes se han sumado a esta iniciativa, hasta crear la Red Internacional de Mujeres de Negro contra la guerra; consideran que la paz –como la guerra– se construye todos los días.

En África, picos de conflicto armado, guerras étnicas civiles se alternan con situaciones estructurales de violencia e inseguridad alimentadas por intereses económicos y políticos. Las mujeres han sido principales víctimas de los conflictos, de los feminicidios y la violencia sexual usuales, y son también víctimas de la violencia ecocida: la escasez de agua, la desertificación, las hambrunas. Pero también, las africanas son las

luchadoras de la cotidianidad, la sobrevivencia y el mantenimiento de la vida por la defensa de los sistemas agroalimentarios y los valores culturales anticoloniales y la paz.

En 1983, organizada por la religiosa Cécilia Biye, se fundó Mama Boboto (Mamás por la Paz); la idea reposaba en que las mujeres fueran una fuente de felicidad para sus familias y comunidades, de esta forma si ellas vivían en la paz, esto se transmitiría a sus hijos, ya que las madres son las primeras educadoras; luego, este legado repercutiría en toda la sociedad.

En 1994, en Sudáfrica, activistas formaron una fuerte Coalición Nacional de Mujeres, dos organizaciones que se unieron por encima de las líneas divisorias del estatus social y la adscripción política: la llamada Black Sash, integrada mayoritariamente por mujeres blancas casadas con hombres de negocios, y la Unión de Trabajadoras Domésticas.

En el año 2002, Leymah Gbowee, trabajadora social liberiana, fundó el movimiento Women of Liberia Mass Action for Peace (WLMAP) (en español: Mujeres de Liberia Acción Masiva para la Paz) integrado por mujeres musulmanas y cristianas en Monrovia, Liberia. Fue crucial para poner fin a la segunda guerra civil a través de acciones graduales, logrando que se iniciaran las mesas de conversación. Leymah recibió el Premio Nobel de la Paz, junto a Ellen Johnson Sirleaf, presidenta de Liberia y la yemení Tawakel Karman, activista de la Primavera Árabe. En su discurso de recepción del Premio Nobel, Leymah Gbowee, dijo: "...usamos nuestro dolor, nuestros cuerpos rotos y nuestras emociones cicatrizadas para confrontar las injusticias y el terror en nuestra nación, estábamos conscientes de que se llegaría solamente al final de la guerra a través de la no violencia, pues habíamos visto cómo la violencia nos llevaba tanto a nosotros, como a nuestro querido país, hacia lo más profundo del abismo de dolor, de muerte y destrucción." (2011)

El cuidado de la naturaleza ha estado muy ligado a la vida de las mujeres africanas; defensoras de la agricultura, el ecofeminismo africano está indisolublemente relacionado con la construcción de paz. La keniana Wangari Maathai creó el Movimiento Cinturón Verde, para la reforestación. Alentó a las mujeres a ir al bosque y recolectar semillas de árboles oriundos de la zona para después crear invernaderos, trabajo por el cual esas mujeres recibían un estipendio. Posteriormente, esas semillas se utilizaban para plantar árboles. En 2004 recibió el Premio Nobel de la Paz.

Women Peace and Security Network África (WIPSEN-África) es una organización no gubernamental panafricana dirigida por mujeres y centrada en las mujeres con sede

en Ghana. Se creó el 8 de mayo de 2006, impulsada por Leymah Gbowee para promover la participación estratégica y el liderazgo de las mujeres en la gobernanza de la paz y la seguridad en África.

Herederas de las manifestaciones en contra de las guerras de los años 70, y de la Conferencia Ecofeminista de los 80, en USA 2002 se funda CODEPINK: Mujeres por la paz, organización de base dirigida por mujeres que trabajan para poner fin a las guerras y el militarismo de los EE. UU., apoyar las iniciativas de paz y los derechos humanos y redirigir el dinero de los impuestos a la atención médica, la educación, los empleos ecológicos y otros programas que afirman la vida. Su primer objetivo se centró en prevenir la guerra de EE. UU. en Irak, y luego prevenir otras guerras. Su acción es contra la militarización y el armamentismo.

Aunque no existe la predisposición natural de las mujeres hacia la paz, frecuentemente, mujeres organizadas se han constituido como sujeto colectivo de construcción de paz ya que, justamente por su tradicional marginación política, pueden ser ajenas a los sectores más radicales en los enfrentamientos. La acción desde la exclusión puede dar aportes importantes en los caminos de culturas para la transformación de los conflictos.

Mujeres que se agrupan en torno a muchas formas de acción pública realizan aportes importantes a la cultura de paz. Colectivos de mujeres se han organizado:

1. para oponerse a la guerra o a las políticas militaristas y de agresión que llevan a cabo sus gobiernos o sus grupos de pertenencia;
2. para acercar, a través de la relación y la búsqueda de puntos comunes, a personas de grupos enfrentados de los que ellas forman parte;
3. para la búsqueda de soluciones no militares a conflictos estructurales;
4. contra la impunidad: para que no se repitan los genocidios, las desapariciones y las persecuciones sufridas por determinados grupos humanos;
5. para apoyar a mujeres que viven en situaciones de guerra o de falta de libertad y derechos humanos en países distintos al suyo, y
6. para lograr que el trabajo de base de las mujeres cuente en la toma de decisiones.

“Ni guerra que nos destruya, ni paz que nos oprima” es un lema que sostienen muchos movimientos de mujeres y feministas pacifistas. La apuesta feminista por “poner la vida en el centro”, se centra transformar el sistema, que debe transitar desde el necropoder patriarcal hacia el vitalismo y un poder dialogante y distribuido, sin discriminaciones.

Cuidar la vida para construir paz

Cultura de paz y pacifismo están íntimamente relacionadas con la construcción de una sociedad feminista en la práctica cotidiana y en las políticas públicas de los estados. Para consolidar la paz es indispensable generar una convivencia con igualdad real basada en la atención y respeto a las diversidades y cuidado de la vida en todas sus expresiones; para lograrlo debe ocurrir una profundización democrática en todos los ámbitos de las relaciones (interpersonal, comunitario, laboral, político-institucional...), y una redistribución de poder en nuestra sociedad.

Leymah Gbowee lo expresa así: “La paz no es la ausencia de guerra, sino la plena expresión de la dignidad humana”. Es “un ambiente en el que se pueden satisfacer las necesidades humanas. Significa educación para nuestros niños, sistemas de sanidad que funcionan, un sistema judicial justo e imparcial, comida en la mesa de cada hogar, una comunidad de mujeres empoderadas, reconocidas, apreciadas, y mucho más” (2012).

Las mujeres, segregadas en el sistema patriarcal, pero con una historia propia enraizada en la división sexual del trabajo, han generado subculturas femeninas que no rescatan una esencia eterna de mujer sino una trayectoria civilizatoria invisible para el relato común. Los feminismos actuales se proponen hacer notoria, y rescatar y universalizar la experiencia civilizatoria femenina de cuidar la vida, proponiéndola como modelo para hombres y mujeres, y colocándola en el centro de la política. El futuro del planeta y de la humanidad depende de que logremos romper la identificación de la guerra y la violencia, con el poder, la valentía y el heroísmo.

Esta cultura del cuidado no está sólo en grupos organizados, impregna el quehacer cotidiano de tantas mujeres cuyo trabajo diario es crucial para el sostenimiento de la vida. Frente a la lógica de la acumulación económica que rige en el mundo, la lógica de la sostenibilidad de la vida se levanta como una alternativa necesaria para la supervivencia de la especie. Se centra en la búsqueda de espacios de igualdad donde se pongan en valor la empatía, los cuidados y la centralidad de la vida, asumidas como propias por hombres y mujeres de manera corresponsable, buscando soluciones no violentas a los conflictos.

Sara Ruddick (1995) ha analizado la maternidad como práctica social generadora de una ética específica que se centra en el cuidado y la protección, por lo que puede considerarse una vía hacia la paz y la no violencia. Según esta autora, la maternidad cumple con tres «demandas» que las hijas e hijos realizan a la madre: la demanda de preservación, la demanda de crecimiento y la demanda de aceptación social. La

disposición para el cuidado no es parte de la naturaleza femenina sino una consecuencia de las actitudes morales que las mujeres han generado a partir de su contexto de relaciones, de su mandato de género y del proceso de socialización. Es aprendido por el sistema de géneros, por lo que los varones podrían aprenderlo y cambiar sus actitudes, más dirigidas a la competencia y la agresividad, que los preparan sólo para desarrollar conductas violentas ante los conflictos.

El ecofeminismo, por su parte, plantea la necesidad de la conservación de la vida en nuestro planeta como lealtad hacia las generaciones futuras, la utilización de la no-violencia en nuestra relación con la naturaleza y con nosotros/as mismas. Se plantea la continuidad ontológica entre lo humano y lo natural, se trata de un yo encarnado en un cuerpo que se sitúa en el mundo porque forma parte de él. Lo humano es apertura e interrelación, convivencia con lo heterogéneo y diverso. Las ecofeministas Vandhana Shiva y María Mies afirman: "Si se suprime la dicotomía entre actividades creadoras y protectoras de vida y actividades productoras de mercancías, si los hombres adquieren la capacidad para ser cariñosos y criar, que hasta el momento se ha considerado dominio de las mujeres, y si en una economía basada en la independencia, la mutualidad, el autoabastecimiento, no son sólo las mujeres sino también los hombres quienes participan en la producción de subsistencia, no tendrán ni tiempo ni ganas* de continuar con sus destructores juegos de guerra", (1998: p. 237).

| 61

La gran transición necesaria pasa por cambiar desde una cultura de imposición, violencia y guerra, a una cultura de diálogo, conciliación y paz, y en esto también aporta la experiencia vital e histórica de las mujeres, mediadoras en sus familias, y mediadoras en sus comunidades. La capacidad de mediación de las mujeres, como experiencia de regulación de conflictos, tiene una larga trayectoria, que puede rastrearse en la historia.

De acuerdo con Johan Galtung (1969), existen tres formas de violencia: 1) la violencia directa, física o como abuso de poder, 2) la violencia estructural del sistema social cuyas prácticas generan desigualdad, discriminación, exclusión, explotación, procesos que terminan generando muerte, y 3) violencia cultural, a través de ideas y símbolos que legitiman la violencia. Para Pierre Bourdieu, esto es definido como: "esa violencia que arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales apoyándose en unas «expectativas colectivas», en unas creencias socialmente inculcadas». (Pierre Bourdieu, 2000).

Las relaciones de violencia y conflicto pueden transformarse mediante la comunicación entre distintos grupos culturales puesto que, la cultura colectiva reconstruye constantemente y desarrolla esta capacidad de diálogo como herramienta para modelar la cultura. Los movimientos de mujeres y feminismos, con su irrupción en el

espacio público, han extendido los horizontes del diálogo y ampliado las capacidades para hacer visibles aristas vitales y diversidades que favorecen nuevas vías y conversaciones humanas más amplias.

Conflictos y muertes son producto de sistemas desiguales, de la desigualdad instalada en la estructura y en la cultura, que avalan la existencia en precariedad de grandes mayorías con inexistentes derechos prácticos a la vida en su despliegue. Los feminismos han llevado a la mirada pública las marcas de la desigualdad en la cotidianidad, huellas y estigmas que niegan acceso a recursos, en las que se incluyen género, raza, edad, etnia, territorios, migración, y muchas más otredades discriminadas que van gestándose. Los feminismos enfrentan todas las formas de desigualdad y opresión, y por ello, son gestores de paz.

Desde este punto de vista se concibe la paz como un proceso perfectible en el tiempo, con capacidad para desarrollarse de forma permanente, que se construye cotidianamente, que tiene un carácter procesal que lo califica como imperfecto, por lo que tiene de humano, de posibilidad y de opción por su carácter abierto, imaginativo y deseable. Así, definimos la paz imperfecta, una paz que contiene conflicto pero que se va transformando, se distancia del utopismo, pero también, de la resignación.

62 |

Usamos el concepto de paz imperfecta para definir aquellos espacios e instancias en las que se pueden detectar acciones que crean paz, a pesar de que estén en contextos en los que existen los conflictos y la violencia. De esta manera entendemos la paz imperfecta como una categoría de análisis que reconoce los conflictos en los que las personas, los grupos humanos han optado por potenciar el desarrollo de las capacidades de los otros, y cuidar la red de relaciones, entendiendo que la interdependencia es integrante de la vida humana.

Pensar en tipos de paz imperfecta es una responsabilidad ante un mundo diverso y plural, y supone un giro epistemológico, recuperar las sabidurías de las cuidadoras de las vidas y emular su capacidad de compasión frente las y los próximos. Este giro epistemológico invita a pensar desde el cuidar la vida, lo que equivale a pensar la paz desde las paces como experiencia vital cotidiana. La ética del cuidado se basa en la comprensión del mundo como una red de relaciones en la que nos sentimos inmersos y de donde surge un reconocimiento de la responsabilidad hacia los otros. Y así, se encuentra con el pacifismo, nutre su pensamiento y su acción participativa de esa dimensión simbólica que es expresada por el cuerpo y el ser concreto, entramado con todas las personas y seres vivientes.

Referencias

- Bourdieu, Pierre (2000) Sobre el poder simbólico, en Poder, Derecho, Derecho y clases sociales, España: Desclée de Brower.
- Galtung, Johan. (1969). Violence, Peace, and Peace Research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167–191. <https://doi.org/10.1177/002234336900600301>
- Gbowee, Leymah (2011) Transcript of speech by Nobel Peace Prize Winner. Barnard College Commencement, New York City, 2013. Disponible en <https://barnard.edu/news/transcript-speech-nobel-peace-prize-winner-leymah-gbowee>
- Gbowee, Leymah (2012) Un sueño de paz. La lucha de una mujer liberiana por cambiar su destino y el de su país. Madrid, Aguilar.
- Grau Biosca, Elena (2005) «Sentada en mi lado del abismo. Sobre Tres Guineas de Virginia Woolf», En Prat, Enric (2004) Pensamiento pacifista: Henry D. Thoreau, Leon Tolstói, Ghandi, Albert Einstein, Virginia Woolf, Hannah Arendt, Martin Luther King, E.P. Thompson.
- Magallón Portolés, Carmen (2007) De la reclamación de la paz a la participación en las negociaciones. El feminismo pacifista. En *Feminismo/s*, 9, junio 2007, pp. 15-30. *Revista del Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante*
- Magallón Portolés, Carmen y Sandra Blasco (2015) El primer Congreso Internacional de Mujeres, La Haya, 1915. Instituto Catalán Internacional para la Paz. Disponible en <https://www.icip.cat/perlapau/es/articulo/el-primer-congreso-internacional-de-mujeres-la-haya-1915/>
- Maier, Elizabeth (1990) La madre como sujeto político. En *Estudios Latinoamericanos* 5, UNAM
- McWilliams, Mónica (1998) Luchando por la paz y la justicia: Reflexiones sobre el activismo de las mujeres en Irlanda del Norte. En *ARENAL*. 5:2; julio-diciembre 1998, 307-337.
- Menchú Tum, Rigoberta (2016) La paz no se trata de silenciar los fusiles. Se trata de un proceso de transformación social. En *Memorias. Revista Digital de Arqueología e Historia desde el Caribe*. N° 29. Universidad del Norte. Barranquilla, 2016.
- Mies, María y Shiva, Vandana (1998). *La praxis del ecofeminismo*.. Barcelona: Icaria Editorial.
- Ruddick, Sara (1995). *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace*. USA: Beacon Press Books

Sánchez G, Olga Amparo (2014) Las rutas de los feminismos, pacifismos y resistencias. Bogotá: Ruta Pacífica de las Mujeres

Sepúlveda Soto, Daniela y Rivas-Pardo, Pablo. La Resolución 1325: Mujeres, Paz y Seguridad en las Operaciones de Mantenimiento de la Paz. En: Entramado. Julio - Diciembre, 2019 vol. 15, no. 2, p. 66-77 <http://dx.doi.org/10.18041/1900-3803/entramado.2.5482>

Velásquez Toro, Magdala (2001) Reflexiones feministas en torno a la guerra, la paz y las mujeres, desde una perspectiva de género. In Reysoo, F. (Ed.), Hommes armés, femmes aguerries: Rapports de genre en situations de conflit armé. Graduate Institute Publications. doi:10.4000/books.iheid.6143

Woolf, Virginia (1999) Tres guineas. Madrid, Lumen Femenino